

Legado Corrupto
(Nathan Jericho investigador privado parte 3)

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Autopublicamos.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Autopublicamos
contacto@autopublicamos.com

Acerca de Raúl Garbantes:

Facebook: <https://facebook.com/autorraulgarbantes>

Twitter: <https://twitter.com/raulgarbantes>

Amazon: <https://amazon.com/author/raulgarbantes>

Prólogo

En algún lugar no identificado de Estados Unidos, 1971

El futuro de las naciones se determinaba en lugares ocultos como ese y de manera extraoficial. No siempre los hombres más poderosos se correspondían con los rostros y nombres más conocidos. Es decir, quienes realmente tomaban las decisiones importantes que traerían consecuencias para el resto deliberaban en reuniones secretas entre desacuerdos y pocas palabras.

El salón en aquella ocasión era muy sencillo, aunque decorado con sobriedad. Uno de los presentes ofreció su casa de verano, que contaba con un amplio espacio idóneo para reuniones como esa, para presidir un banquete o celebrar un baile. Sin embargo, no había nada que anunciara celebración en los rostros de quienes se sentaban a lo largo de una gran mesa. Se llevaba a cabo una conversación privada con suficiente protocolo y confidencialidad, donde cada uno de los implicados se notaba ansioso y aburrido al mismo tiempo. El grupo que allí se reunía secretamente era conocido como los Conspiradores, y bajo esta denominación se reconocían mutuamente en tanto compartían objetivos similares con una motivación común: ser contrarios al Gobierno de Nixon e impedir la creación del Proyecto Enoch.

Se miraban unos a otros como si intentaran descifrar un enigma o como si alguno de ellos tuviera una máscara bajo la cual se ocultaba su verdadero rostro, o, para ser exactos, sus verdaderas intenciones. Cada uno tenía una agenda propia que respondía en mayor o menor medida con la agenda compartida que fundamentaba la reunión de ese día. Entre los invitados se encontraban personalidades de renombre como Gerald Ford, John Ehrlichman, David Young y Egil Krogh. En especial los tres últimos se mantenían como observadores silenciosos que solo intervenían cuando era preciso o si alguien les hacía una pregunta directa. Su presencia allí resultaba en extremo comprometedor, ya que se efectuaba a espaldas de Nixon, a cuyas órdenes desempeñaban cargos importantes. Cada uno de ellos tenía enemigos comunes o particulares que pagarían por la información sobre su asistencia para usarla en su contra. En ese sentido, aunque el ambiente reinante fuera bastante sosegado, era inevitable no reconocer cierta tensión disimulada en sus rostros.

En líneas generales, existía una sensación de natural nerviosismo entre los presentes, especialmente por parte de quienes desempeñaban cargos oficiales en la actual administración o eran personalidades públicas con una carrera política en ascenso. Su presencia respondía a intereses que no serían bien vistos por una parte de la Casa Blanca o por los miembros de los respectivos partidos a los que pertenecían, lo cual resultaba bastante peligroso. A la incertidumbre debía añadirse la constante paranoia de que alguien allí dentro sirviera a intereses desconocidos. Históricamente siempre existieron los dobles espías o los soplones. Cuando tantas voluntades individuales tan dispares entre sí pretenden alinear sus intenciones para alcanzar un mismo propósito, la posibilidad de que haya un cabo suelto o un elemento de descontrol que exponga una capa oculta bajo la aparente superficie del consenso es grande.

Después de un par de horas hablando, se atrevieron finalmente a profundizar en un tema que a la mayoría le preocupaba tanto como el futuro de la administración del presidente Nixon, y que en cierto modo guardaba relación con ello: el Proyecto Jericho. Por supuesto, se trataba de un punto álgido, ya que hacía referencia a sucesos que se remontaban hasta veinte años atrás, cuando el mundo estaba en guerra, las grandes naciones se enfrentaban, cualquier paz posible parecía un sueño lejano y el colapso total era un riesgo constante. Ahora se vivían tiempos de aparente paz, en los que las guerras más importantes se libraban en salones elegantes con unos pocos

privilegiados que cambiaban sus lealtades con la misma volatilidad con que el viento indicaba un nuevo clima.

A pesar de su antigüedad, el Proyecto Jericho era un tema principal en la agenda de reuniones desde hacía un par de años. Su importancia y efectos seguían generando situaciones que mantenían vigente la conversación, siendo imposible clasificarlo dentro del tipo de material confidencial que, una vez clausurado, se confina en un cajón solitario para que acumule polvo hasta que mueran todos los que alguna vez participaron. En este caso particular, la muerte de los implicados tan solo había conseguido que el Proyecto Jericho continuase generando preguntas, así como suscitando miedos entre quienes de alguna forma u otra intervinieron o llegaron a saber sobre su existencia.

Cada uno de esos muertos y desaparecidos, cuyos nombres estuvieron relacionados con el Proyecto Jericho, es mencionado durante la conversación. Nadie lamenta lo ocurrido, como si cada nombre fuera tan solo una cifra numérica que engrosa una predecible estadística sobre la cual se habla de una forma desapasionada. Son nombres destinados al olvido y que son mucho más útiles si se corresponden con un cadáver.

—Debemos ser muy cautos al respecto —recomendó uno de los asistentes—. Si alguien inicia un proceso de investigación que permita reconocer una relación entre estas muertes podríamos vernos en una situación comprometedor.

—Eso parece un escenario improbable —intervino otro—. El único factor que relaciona esas muertes es el Proyecto Jericho. Pero nadie a excepción de los presentes sabe sobre ese Proyecto. Y, por supuesto, los que todavía sobreviven entre quienes participaron en él. Sin embargo, estas personas son las que menos interés tienen en que alguien consiga relacionarlos con lo que allí ocurrió.

—No olvides a los niños que crecieron: Jericho y Damascus. Su grado de utilidad ha sido muy importante en los últimos años, pero eso no descarta que puedan representar un peligro para todos nosotros en el futuro.

Todos quedaron en silencio al escuchar la declaración de esta voz en particular. En este tema concreto la conversación es liderada por una figura cuya prominencia dentro del grupo de asistentes está definida por su poder, que es superior a cualquier gestión de gobierno anterior, posterior o actual gracias a que representa los intereses de su clase. El hombre en cuestión se conduce con la seguridad propia del que sabe el impacto que tienen sus palabras. Todos lo reconocen como uno de los hombres adinerados que son jefes de la cúpula de los Conspiradores y por lo tanto, a cada palabra que diga debe concedérsele una extrema atención. Imponente y elegante en sus gestos, es el tipo de persona influyente que prefiere permanecer en el anonimato, pero a quien deben consultársele las decisiones importantes que los rostros reconocibles del poder anunciarán después.

—Yo no me preocuparía tanto por ellos —acusó otro asistente que intervenía muy poco, solo cuando lo consideraba conveniente—. Ellos dos son los principales interesados en sepultar el Proyecto y destruir a cada persona que les hizo daño. Tienen una motivación más importante que el dinero o el poder: la venganza. Por supuesto, si en algún momento esta pasión que alimenta la rabia, gracias a la cual actúan conforme a nuestra voluntad, se llegara a desviar para volverse contra nosotros, entonces tomaremos medidas para neutralizarlos. Entretanto, nos conviene tenerlos de nuestra parte y recompensarlos por su excelente trabajo.

—No tendrían por qué volverse en nuestra contra —subrayó confiado alguien más—. Si llegado el momento nos aseguramos de recompensarlos como es debido, con ello saldaremos cualquier deuda. Sin embargo, es evidente que ellos lo harían de todos modos sin necesidad de que

nadie se los ordene. Por ahora los necesitamos, y quizá desde mucho antes del momento en que iniciemos nuestros planes.

—Ellos no trabajan para nosotros —recordó sarcásticamente alguien en su intervención—. Se ven a sí mismos como mercenarios que trabajan por su propia cuenta y responden a su agenda. Eso es peligroso. Saben demasiado, pero no les preocupa lo que realmente buscamos.

—No podría estar menos de acuerdo con cada una de las posiciones planteadas —afirmó el líder de los Conspiradores, que propuso el tema inicialmente—. Según los últimos reportes, nuestro contacto no ha hecho mención alguna sobre que debemos tener especial cuidado con ellos. No obstante, reitero la importancia de extremar nuestras precauciones. El problema de quienes se conducen por motivaciones excesivamente personales es que no son capaces de ver el cuadro completo. En ese sentido, a ellos no les importa tanto el futuro como a nosotros. Nuestro cuidado es no contradecir sus necesidades. Hasta ahora ha funcionado porque sus necesidades contradicen las nuestras. Ha sido un trabajo en equipo, aunque ellos crean formar el suyo al margen del nuestro. Ambos juegos no tendrían por qué ser incompatibles después de todo. Solo que ellos nunca comprenderán verdaderamente lo que hacemos. ¿Por qué habrían de hacerlo más allá de sus habilidades especiales y fuera de esa venganza particular que tanto les satisface? Nosotros en cambio estamos aquí por un propósito mayor. Y esa es una diferencia sustancial que siempre debemos tener en cuenta cuando lidiemos con ellos.

El jefe de los Conspiradores no demostró gran preocupación respecto a Jericho y Damascus, lo cual resultó reconfortante para quienes aún veían con recelo la participación que estaban teniendo hasta el momento. Tal como se dijera, para ninguno quedaba duda alguna de cuál era ese «propósito mayor» al que se refería el jefe de los Conspiradores: ¡El Proyecto Enoch no debía ocurrir bajo ningún concepto! De lo contrario de nada habría servido erradicar a los implicados en el Proyecto original. No son las personas las que representan un peligro, sino las ideas que sobreviven incluso cuando estas ya no se encuentran entre nosotros.

El Proyecto Enoch era la preocupación primordial en la agenda, aunque apenas se atrevieran a mencionarlo al principio de la reunión. Querían llegar cuanto antes a dicho tema, pero esperaban a que algún otro lo mencionara primero. Por supuesto, se trataba de un asunto en extremo delicado por su relación con el Gobierno de Nixon. Cuando se aludía a la necesidad de no permitir los avances del Proyecto Enoch, cuya pretensión consistía en continuar aquello que el anterior Proyecto no fue capaz de lograr, eso enseguida se traducía de una sola manera: acabar con la gestión de Nixon antes de que culmine su mandato.

Situaciones cruciales demandaban acciones inmediatas, y para que estas se llevaran a cabo debían llegarse a acuerdos tan pronto como fuera posible. En tiempos de paz, el Proyecto Enoch podría desenvolverse con mayor éxito y confidencialidad, amparado por una parte de la presidencia encabezada por Nixon junto con otro grupo de personas poderosas, quienes querrían retomar los experimentos para crear armas humanas que garanticen éxito ante una futura confrontación con Rusia o alguna otra potencia enemiga. Los Conspiradores tenían muy claro, a pesar de algunos desacuerdos en cuanto a los medios para lograrlo, que para detener los avances de este nuevo Proyecto debían adelantar los planes en contra de Nixon que ya se habían fraguado y discutido desde meses atrás. La contingencia daba paso a la acción. No había tiempo para esperar.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Ford, uno de los más interesados en activar cualquier plan que destruyera políticamente la gestión de Nixon—. ¿Debemos seguir esperando o ponemos en marcha lo que hemos discutido en otras sesiones?

Esta vez el líder de los Conspiradores, que había comenzado a hablar, decidió ponerse de pie.

Era un hombre alto y de brazos largos. Este gesto conseguía que todos alzaran las cabezas y, en cierto modo, con esto resaltaba su autoridad por encima de ellos. Una jugada maestra cuando se trataba de dar una orden para la cual no querías escuchar objeciones ni estabas dispuesto a concederles crédito.

—El tiempo de esperar llegó a su fin —respondió el líder de los Conspiradores y la contundencia de su voz consiguió que algunos tragaran saliva desde sus asientos—. Propongo que demos comienzo a la Operación Diluvio.

Desde hacía varias sesiones se esperaba que alguien lo propusiera, y si bien gran parte de los presentes estaban de acuerdo con dar comienzo a la Operación, ninguno se había atrevido a formularlo. Así que cuando finalmente alguien la formuló abundaron las cabezas gachas y las miradas desconfiadas de un lado a otro. El jefe de los Conspiradores sonrió escrutando los rostros de cada uno de los presentes, esperando que alguien expresase alguna disconformidad al respecto o reiterase su apoyo total a la propuesta.

—¿Estás seguro? —preguntó tímidamente alguien de menor rango entre los asistentes—. Es una gran responsabilidad. Deberíamos someterlo a votación.

El jefe de los Conspiradores le dedicó una sonrisa maliciosa seguida de un suspiro hastiado antes de responder:

—Deberían estar más entusiasmados —observó—. Nos hemos reunido durante muchos meses para llegar a este momento. ¿Por qué no parecen alegres? Muchos de ustedes se beneficiarán directamente de los resultados de la Operación Diluvio si cumplimos con nuestros objetivos. Eso se traducirá en más poder y control del que nunca antes han tenido y del que nunca tendrán si Nixon sigue en el cargo. Pero por supuesto que haremos una votación. Para eso vivimos en la nación más democrática del mundo occidental. Esos son precisamente los valores que queremos preservar. Levanten la mano quienes están de acuerdo con que activemos la Operación Diluvio de inmediato.

No todos lo hicieron enseguida y en cambio esperaron ver algunas manos alzadas antes de unirse. La mayoría de los presentes estaban de acuerdo, incluidos Ford y aquellos que trabajaban en el gabinete de Nixon. Entre quienes no se encontraba el que propuso la votación por su aprobación.

—De acuerdo, una vez más la democracia ha triunfado —celebró el jefe de los Conspiradores con un dejo de cinismo—. Asumo que quienes no alzaron la mano consideran que aún debemos esperar y no que la Operación Diluvio sea inapropiada, ya que si eso es lo que piensan no comprendo qué hacen aquí.

Los señalamientos de esta declaración causaron que quienes se abstuvieron de levantar la mano bajaran la cabeza avergonzados, evitando las miradas que pesaban sobre ellos. Su objeción podría ser malinterpretada como un torpe paso en falso que demostraba inseguridad y falta de confianza en el grupo o, por otra parte y en el peor de los casos, levantaría sospechas sobre su fidelidad respecto a la Operación Diluvio. Lo cierto era que incluso aquellos que alzaron la mano, en tanto algunos lo hicieron dudosos y prácticamente sintiéndose obligados por miedo a ser interpelados, veían en la activación de esta Operación la posibilidad de muchos riesgos capaces de volverse en su contra.

Sin embargo, el jefe de los Conspiradores parecía muy seguro de su determinación para darle comienzo. Si bien cada uno de ellos albergaba sus dudas sobre si ese era el momento apropiado, la decisión con la que este sacó el tema a colación y luego propuso una votación para activarla sirvió como el impulso que necesitaban para confiar en algo que deseaban.

—Me parece excelente —declaró Ford—. Eso quiere decir que entramos oficialmente en la primera fase de la Operación, ¿no es cierto?

Enseguida comprendieron a qué se refería, pero esperaban a que el jefe de los Conspiradores confirmara la pregunta.

—Supones bien —apoyó—. Y para eso necesitaremos la ayuda de nuestros amigos en la Casa Blanca.

Tras decir esto señaló educadamente a Young, Krogh y Ehrlichman. Las miradas de los presentes se posaron enseguida sobre ellos y se sintieron muy intimidados. Si alguno hubiera querido retractarse sobre esa ayuda en particular que sugerían las palabras de quien presidía la reunión no tendría el atrevimiento de hacerlo. En lugar de una sugerencia parecía una orden directa, así que asintieron para dar a entender que estaban de acuerdo con lo dicho.

—Estupendo —celebró el jefe de los Conspiradores—. Queda constancia, bajo el testimonio de todos los aquí presentes y gracias a la mediación de nuestros colaboradores, que a partir de hoy se pondrá en marcha la primera fase de la Operación Diluvio: la formación de los «fontaneros de la Casa Blanca». Para ello contaremos también con la participación de Daniel Ellsberg, quien preparará los «papeles» para su posterior filtración.

La sensación de que ya no habría vuelta atrás se instauró en el elegante salón como una sentencia. La «filtración de los papeles» implicaba la inclusión del Pentágono, por lo que resultaba una movida peligrosa capaz de desembocar en una jugada maestra o en un estrepitoso fracaso. Sin embargo, cada paso fue planeado con antelación y contaban con personas altamente calificadas para cumplir a la perfección cada fase. Si algo salía mal no sería por ineptitud, sino por culpa de un delator. Siempre existía esa probabilidad, pero debían esforzarse en confiar los unos en los otros en la medida de lo posible.

La reunión se dio por terminada. Quienes hubiesen querido discutir un poco más sobre el rol que desempeñaban sujetos como Jericho o Damascus no obtuvieron las respuestas que habrían deseado. Si bien hasta ahora ambos hombres resultaron altamente beneficiosos para los objetivos de los Conspiradores, todavía existían muchas preguntas sobre cómo los usarían en el futuro. El problema con sujetos renegados como ellos era su impredecibilidad, por muy útiles que fueran en primera instancia. No eran la clase de personas que se dejaban comprar fácilmente si esto contradecía sus motivaciones. Hacía falta también resolver el «pago» que podrían darles para que se retiraran sin dejar rastro de su comprometida participación.

No obstante, nadie volvió a traer el tema de Jericho y Damascus a colación. Por lo tanto se dio por sentado que ya no quedaba ningún asunto pendiente hasta la próxima sesión, cuando seguramente empezarían a discutir sobre los avances que hicieran los «fontaneros de la Casa Blanca» a medida que se pusieran manos a la obra. Así que, a pesar de las dudas o los miedos razonables que albergaran en su interior, se impuso una esperanza compartida que dejó a todos conformes y satisfechos por el modo en que se desarrollaron los acontecimientos hasta entonces. Hasta cierto punto reconocían en esa esperanza un alivio. Si sus planes resultaban según lo esperado, el Proyecto Enoch sería detenido antes de que comenzara formalmente y, de igual manera, el presidente Nixon quedaría expuesto.

Agradecieron finalmente la determinación con la que el jefe de los Conspiradores dispuso sus órdenes. Les hacía falta que alguien se atreviera a tomar las decisiones difíciles y las ejecutara sin dar pie a segundas lecturas inspiradas por el temor a fracasar. Aunque si algo les quedaba claro era que fracasar no era una opción. Debían triunfar a cualquier costo.

Capítulo 1

Muskogee, Oklahoma, marzo 1971

Cualquiera que los viera diría que conformaban una familia disparatada, integrada por sujetos tan disímiles que nadie sería capaz de adivinar las razones por las cuales se mantenían tan unidos. Convivían en un piso franco reducido, bastante modesto, con su decoración mínima compuesta de mobiliario barato. En cierto modo, el espacio era muy pequeño para que tres personas convivan en él, aunque hasta el momento el hacinamiento no representaba un problema demasiado grave como para comentarlo.

Los rayos del sol entran por la ventana de una forma molesta, pero ninguno quiere ponerse de pie para cerrar las cortinas y aminorar el calor dentro del apartamento. Son los signos de que el invierno ha llegado a su fin y la primavera se siente a gusto con su reinado.

Reunidos en la «sala» principal, Anezka posa su mirada de un extremo a otro, observando indistintamente a Jericho y Damascus, quienes no le prestan atención y parecen decididos a no moverse. Ella tampoco quiere ceder y ser la que cierre las cortinas. No le gusta que piensen que tienen el control, incluso cuando no le dicen lo que debe hacer. Así que pretende fingir que no le molesta la incidencia del sol sobre su rostro, acomodándose de tal forma en el sillón para aminorar el impacto de los rayos mientras estos pegan en su espalda.

Jericho apenas se mueve, con la respiración serena en su pecho, recostado en el sofá grande, bajo el cual se halla a su alcance la cerveza a medio tomar. Anezka advierte que lleva al menos tres días usando la misma camisa, la cual ahora no solo luce vieja, sino arrugada y un poco sucia. A pesar de su observación se reserva el comentario, ya que no quiere responsabilizarse de la higiene y el cuidado de la ropa de ambos hombres. En contraste, ella luce impecable, con un vestido oscuro de buena factura. Tampoco se permite, en el acto de descansar, parecer demasiado masculina o descuidada frente a ellos, así que tiene sumo cuidado de adoptar una pose con la espalda recta y cruzando las piernas con gracia.

El caso de Damascus es muy distinto. Anezka también le dedica unas pocas miradas de reojo, ya que no le agrada hacer contacto visual con él demasiado tiempo. A pesar de que es capaz de mantener una conversación con Damascus con la misma naturalidad y provocación que emplea para hablar con Jericho, siempre se sentía tensa al considerarse sometida bajo su escrutinio. Incluso en una situación tan doméstica como esta hay algo en Damascus que no parece humano, a diferencia de Jericho. Por ejemplo, en ese preciso instante, mientras ambos descansan, Damascus permanece de pie, prácticamente sin mover un músculo, apoyado en la pared, observando a lo lejos la vista que le ofrece la ventana. Su excentricidad resalta estando ahí, al fondo de la amplia sala, con las manos en los bolsillos, el rostro imperturbable y la mirada fija en un punto. No frunce el ceño ni se rasca la nariz, ni ejecuta ninguna de esas acciones tan normales. Se podría afirmar que apenas parpadea.

A Anezka le asusta su impersonalidad, aunque no lo reconoce a viva voz, y por esta misma razón evita quedarse absorta observándolo, precisamente porque, debido a su rareza, es una de esas personas que resultan fascinantes de ver para estudiar cada uno de sus mínimos gestos y movimientos. Entretanto se da cuenta de que, por encontrarse al otro extremo del piso, es el menor perjudicado por el efecto del sol, así que depende de ella o de Jericho tomar la decisión de ponerse de pie y bajar las cortinas.

Ambos hombres parecen inamovibles en sus respectivos lugares. Anezka comprende que no le queda otra opción más que rendirse, así que se pone de pie y baja las cortinas lo suficiente para

que ni el sol los moleste o la oscuridad reine dentro de la sala principal. Esto hace reaccionar a Damascus, quien cede a su mutismo y, por un momento, baja la mirada para observar alternativamente a Anezka y Jericho. Anezka les sonríe mientras vuelve a ocupar el sillón, cruzando de nuevo las piernas. Jericho baja la mano para alcanzar la cerveza y tomar un sorbo, mientras le agradece su buena acción:

—Adivinaste mis pensamientos. Gracias por bajarlas.

—No hay de qué —responde Anezka—. Pero no te acostumbres a que te haga esa clase de favores.

—Entonces hazme otro tipo de favores —contraataca Jericho con picardía, volviendo a poner la botella de cerveza bajo el sofá y esta vez sentándose. Luego gira la cabeza para observar a Damascus, encontrándose con su mirada—. ¿No te cansas de vestir tantos abalorios? ¡Relájate un poco! Ni siquiera eres capaz de sentarte.

—No creo que Damascus se siente —interviene Anezka—. Ahora que lo pienso, creo que nunca lo he visto sentado. Siempre está así, de pie y con cara de pocos amigos.

—¿Cara de pocos amigos? —resalta Jericho a modo de pregunta—. Eso sería tener una expresión. Nunca puedes adivinar lo que piensa si te limitas a observar su rostro.

—En eso radica su encanto —destaca Anezka, atreviéndose a dedicarle una mirada a Damascus mucho más extensa de lo habitual—. De lo contrario perdería ese aire de hombretón y malo que tan bien le hace sentir.

Damascus la observa con una expresión relajada, pero no da ninguna respuesta respecto a las observaciones en tono de broma que le hacen tanto Anezka como Jericho. Estaban acostumbrados a su falta de sentido del humor, y de alguna forma esto representaba un chiste en sí mismo que los relajaba. A su vez, entre Jericho y Anezka había un contacto fluido que inmediatamente se tradujo en una complicidad e intimidad en el ámbito sexual. No es un secreto para Damascus que ambos se acuestan. También se ha dado cuenta de que se sienten mucho más atraídos el uno por el otro de lo que estarían dispuestos a reconocerse a sí mismos, o mucho menos entre ellos.

Ya que la vista hacia afuera queda entorpecida por la cortina, Damascus ha centrado su punto de mira en Anezka. Al principio se siente halagada por ser observada cuando le habla, algo que no ocurre muy a menudo, ya que siempre parece no estar prestándole atención a menos que diga algo que él considere importante. Sin embargo, conforme su mirada se vuelve incesante e ininterrumpida, ella se siente intimidada. Anezka piensa que quizá se está vengando de sus bromas. Jericho y ella no han considerado la posibilidad de que su sentido del humor sea bastante distinto: oscuro y solo comprendido por él mismo. Mirándola de aquella forma, parece estar inmerso en su propio chiste privado gracias al cual disfruta con no dejar de observarla para ponerla nerviosa y, de este modo, comprobar cuánto tiempo lo resistiría. Es como si intentara leer sus pensamientos. O, peor aún, como si ya los hubiera descifrado y al mirarla de aquella forma se lo hiciese saber.

Con Damascus nunca se sabía a qué razones secretas respondían sus acciones, ni bajo qué pretexto oculto se conducía su voluntad. Lo único que tiene claro Anezka es que no le gusta ser mirada de esta forma. O para ser exactos: no le gusta ser el centro de atención de Damascus. Mientras, Jericho apenas les presta atención a ambos, vaciando la cerveza y arrojando la botella a un lado. En esta acción Anezka encuentra la oportunidad perfecta para escabullirse de la mirada de Damascus:

—¿Quieres otra cerveza? —pregunta Anezka a Jericho—. Te la buscaré.

Anezka no le da tiempo a Jericho para darle una respuesta, ya está de pie y abandona el salón

para ir hasta la cocina, donde en un pequeño refrigerador se guardan las cervezas que solo Jericho consume. No necesita tampoco su respuesta para saber que es afirmativa. Jericho siempre quiere beber. Debido a la salida de Anezka, Damascus tiene que dejar de mirarla. Mientras saca la cerveza, ella piensa en lo estúpida que ha sido por delatarse. No queda duda de que Damascus interpretará su reacción como miedo. Lo menos que quiere es darle a entender que teme su presencia, esto implicaría demostrarle que tiene poder sobre ella, y eso es algo que le resulta intolerable.

Cuando vuelve a la sala con la cerveza le dedica una sonrisa a Damascus, acompañada de un guiño antes de caminar en dirección a Jericho y depositar la fría cerveza en sus manos.

—¡Ah, esto es todo lo que necesita un hombre para ser feliz! —agradece Jericho—. Al menos un hombre como yo. Me conformo con poco: una cerveza fría es todo lo que hace falta.

—Hablemos de lo que nos ocupa —dice Damascus rompiendo su silencio, probablemente cansado de escuchar tanta cháchara doméstica—. Tus superiores te han dado actualizaciones, ¿no es cierto?

La interpelación hacia Anezka es directa, pero con un tono relajado. Con ello manifiesta que no debe temerle. Al menos no en aquel momento. Eran aliados, y aunque este vínculo no fuese irrompible, era lo suficientemente útil para todos. Damascus se refiere a su breve ausencia horas atrás, cuando dijo que debía atender una llamada fuera del apartamento en un lugar concreto, según el telegrama que recibió en la mañana. Quedaba sobreentendido que el mensaje provenía de los superiores de Anezka: los Conspiradores. No obstante, desde que Anezka regresara al apartamento, no hizo mención sobre dicha llamada.

—Así es, Damascus —concede Anezka—. No fue una llamada muy larga. Me dieron un resumen sobre lo que discutieron en la más reciente reunión.

—¿Nos atañe directamente? —pregunta Jericho—. No has dicho nada desde que llegaste.

—Todo nos atañe directamente —precisa Damascus—. Hasta lo que creemos que no nos importa. ¿No es así, Anezka?

—Estaba esperando el momento oportuno para conversarlo —se defiende Anezka, ignorando la última observación provocadora que hiciera Damascus—. Los Conspiradores han dado un paso muy importante en la última reunión. Ya comenzó oficialmente la Operación Diluvio.

—¡A buena hora! —aplaude Jericho cínicamente—. Esos viejos tontos creen que la guerra y la paz son como un juego de ajedrez, mientras el resto de nosotros nos abrimos camino en esta nación corrupta como si fuera un campo de fútbol.

—No era una decisión que debían tomar a la ligera —replica Anezka—. Lo fundamental de esto es lo que significa para vosotros: el Proyecto Enoch será detenido.

—Ya me estoy cansando de tantos nombrecitos estúpidos —expresa Jericho—. ¡Proyecto Enoch! ¡Operación Diluvio! ¡Cuánta mierda!

—A Idaho le encantaría saberlo —recuerda Damascus—. Le fascinaban todos esos jueguitos de espías y nombres en clave.

La mención de Idaho hace que Jericho se quede en silencio por un momento y se le ensombrezca el rostro. Desde que murió no ha dejado de pensar en él aunque apenas lo mencione. Le incomoda la observación de Damascus, pero prefiere no hacer ninguna declaración al respecto. Anezka parece darse cuenta de ello, así que se adueña de la conversación para captar la atención de ambos.

—Grandes cosas están por suceder—destaca Anezka—. Eso quiere decir que pondrán en marcha a los «fontaneros de la Casa Blanca». Ha sido un paso muy importante para los

Conspiradores. Y por lo tanto, como consecuencia directa, también lo ha sido para nosotros. Ya solo nos queda esperar nuevas instrucciones.

—¡Los fontaneros de la Casa Blanca! —se burla Jericho—. Cuando creí haber dictaminado el nivel de estupidez de esos imbéciles consiguen sorprenderme aún más. ¿Qué instrucciones? A diferencia de ti, Anezka, nosotros dos no trabajamos para ellos. ¿Todavía no lo han comprendido?

—Les cuesta entenderlo —refrenda Damascus—. Se sienten seguros creyendo que pueden darnos órdenes según su antojo y con base en sus agendas secretas. Si obedecemos esas órdenes es porque también se corresponden con nuestros antojos y no contradicen nuestras agendas. Si alguna vez estas órdenes no van en consonancia con nuestros objetivos, no dudaremos en negarnos. Espero que lo tengan muy claro.

—Por supuesto que lo saben —argumenta Anezka—. Ellos son políticos y gente rica que estiman la diplomacia, así que nunca van a decir todo lo que piensan sobre ustedes. Porque cuando se trata de lidiar con ustedes es como negociar con una bomba de tiempo. Es mucho más seguro afirmar que has creado la bomba y que sabes cuándo ponerla, pero cuando la tienes en tus manos algo puede salir mal. Por eso yo soy la intermediaria. Mi trabajo consiste en ser la primera en recibir la explosión en lugar de ellos.

—Al menos tú lo tienes claro —apoya Jericho—. Es muy precisa su comparación: no estamos bajo el control de nadie. Espero que tú tampoco lo olvides.

A Jericho le gustaba recordarle a Anezka de cuando en cuando que su presencia allí, aunque fuera bien recibida, no dejaba de estar sometida constantemente a la vigilancia de ambos. Cuando esto sucedía ella volteaba los ojos y ponía un gesto de fastidio, restándole importancia a las acusaciones no siempre veladas que encubrían las palabras de Jericho. Ninguno de los dos confiaba en ella, pero era Jericho sobre todo quien lo subrayaba con mayor énfasis. En el pasado, Anezka había demostrado grandes razones para no ser confiable, como su relación directa con los jefes del Proyecto original, aunque se empeñara en decir que trabajaba como doble agente para los Conspiradores. Cierto o no, Jericho pudo haber muerto debido a esto cuando fue conducido ante esos hombres por mediación de Anezka. Cuando lograron salvarse, ella aseguró que confiaba en que Jericho acabaría con ellos, pero eso solo hacía más evidente el hecho de que Anezka no era una persona de confianza y que, ante todo, apelaba a su sentido de supervivencia sin importar quién saliera perjudicado .

Si bien Damascus tampoco confiaba en Anezka, evitaba hacer acusaciones o interrogatorios maliciosos. Si alguna vez conseguía evidencias de que los había traicionado, entonces no dudaría en darle su merecido castigo, algo que probablemente a Jericho le costaría, a pesar de sus constantes acusaciones contra ella. Damascus sospechaba que, debido a su intimidad, Jericho se esforzaba en evitar cualquier apego sentimental con Anezka. Así que sus acusaciones para hacerla sentir mal o enojarla eran una forma de recordarse a sí mismo que debía evitar cualquier vínculo que luego se convirtiera en una debilidad si alguna vez ella llegaba a traicionarlo, un escenario que no resultaba tan descabellado ateniéndose a sus antecedentes de «doble espía».

—¿No nos mandaron ningún mensaje directo? —insiste Damascus—. Si ya activaron la Operación Diluvio seguro surgirá trabajo cuyo éxito dependerá de nuestra participación.

—En lo que a ellos respecta, las instrucciones se mantienen —aclara Anezka—. Debemos seguir esperando. Por lo pronto, no hay nada que hacer sino aguardar según se vayan desarrollando los acontecimientos una vez activada la Operación Diluvio e iniciada las acciones de los fontaneros.

—Es un mal momento para trabajar en la Casa Blanca —reflexiona Jericho sin aligerar el sarcasmo—. Estoy comenzándome a hartar de tanta inacción. ¿No lo crees, Damascus?

Damascus asiente, pero sin agregar palabra alguna como respuesta. Lo cierto es que su hastío por esperar instrucciones en realidad es mucho mayor que el de Jericho y Anezka, a quienes, a pesar de sus personalidades hurañas, no les desagrada la convivencia dentro del apartamento. Damascus no solo no está acostumbrado a convivir o interactuar con otras personas de una forma «fraternal», sino que le incomoda la idea de sentirse expuesto. El hecho de compartir vivienda con Jericho y Anezka reduce en buena medida su aura de misterio. No le agrada ser subestimado, y aunque tanto Anezka como Jericho son conscientes de todo lo que Damascus es capaz de hacer como adversario, podrían estar intentando descubrir sus debilidades.

—Sin embargo, reiteraron lo mucho que nos necesitarán —resalta Anezka—. No adelantaron mucho sobre lo que sucedería, como es su costumbre. A pesar de ello, me informaron que en los próximos días existe la posibilidad de que recibamos una llamada de su parte para visitar a algunos elementos claves que no forman parte de la Operación Diluvio y «convencerlos» de unirse. También sugirieron que quizá nos correspondería la tarea de eliminar algunos impedimentos que se presenten en el camino capaces de entorpecer los objetivos de la Operación.

—Muy incierto todo —resopla Damascus—. Ellos ya deben saber lo que quieren de nosotros, pero solo lo dirán cuando lo necesiten. Son unos idiotas. Podríamos prepararnos mejor.

—Eso demuestra lo mucho que confían en sus habilidades —tercia Anezka—. Deben cuidarse las espaldas. En un escenario de guerra, las informaciones solo se proporcionan en el momento justo. En tiempos de paz hay que ser doblemente cuidadosos porque también se trata de evitar confrontaciones. El asunto es ganar las batallas antes de que suenen los disparos.

—A veces un disparo es todo lo que se necesita —interviene Jericho—. Conuerdo con Damascus, podrían ser mucho más claros y transparentes si ya saben lo que quieren de nosotros. Detesto la inactividad. Me hace sentir inquieto, hasta comienzo a sospechar que los tales Conspiradores tienen planes secretos que no quieren compartir con nosotros.

Al decir estas palabras, Anezka evita su mirada, sabiendo que indirectamente la acusa de saber mucho más de lo que declara. Por su parte, Jericho ha sido el más beneficiado de esta convivencia, aunque no lo admita de forma abierta. A pesar de la desconfianza y los recelos que se prodigan los unos a los otros, Jericho agradece no estar solo tal como acostumbraba. Nunca le gustó el trabajo en equipo, pero al lado de Damascus y Anezka esta molestia ha ido mermando, consiguiendo que aprenda a apreciarlo.

Sentado en aquel sofá, Jericho observa a los sujetos que comparten el mismo piso franco donde vive. Le parece increíble la escena y no le habría dado crédito si hace un par de años le decían que esto sucedería, ni mucho menos cuando consideraba que estaban en la fila de personas que iban tras su cabeza. En momentos de breve introspección se detiene a pensar que esto es lo más cercano que ha tenido a una familia. Escasamente en su vida ha tenido instantes donde el contacto humano le ha hecho creer que es posible no sentirse solo: en el orfanato cuando era comprendido por la hermana Geraldine, sus noches íntimas junto a la desaparecida Lilian y ahora estas discusiones tontas con ellos.

Jericho también se pregunta si Anezka y Damascus se sentirán de igual forma, pero nunca se arriesgaría a formularles tal pregunta. A lo largo de sus vidas han pertenecido a esa clase de personas que son calificadas con desprecio como «renegados». Para abrirse camino debieron acostumbrarse a ir por su cuenta, muchas veces al margen de lo socialmente aceptable y correcto. Jericho en parte teme y comprende que esta familia improvisada tiene su tiempo contado. Solo permanecen juntos conformando una alianza basada en acuerdos comunes, en tanto se necesiten y mientras aún exista cualquier rastro del Proyecto Jericho.

Hace poco más de un año que Jericho y Damascus unieron fuerzas para vengar las vidas miserables a las que fueron sometidos por culpa de un grupo de hombres ambiciosos y egoístas que se creyeron dioses. Les robaron sus infancias, les negaron un buen futuro y acabaron transformándolos en unos parias. Además de la afrenta individual, el Proyecto Jericho se cobró la vida de una gran cantidad de inocentes a lo largo de veinte años. Entre esos inocentes resaltaban, en primer lugar, los niños que sufrieron a causa de los experimentos y que luego, a excepción de Jericho y Damascus, fueron exterminados para que no quedara prueba alguna de la existencia del Proyecto. En el proceso de tales ocultamientos otros cómplices menores fueron eliminados, incluyendo los padres de Jericho, que lo entregaron al Proyecto a sabiendas de lo que allí se hacía. Años más tarde los asesinatos, desapariciones y otros tipos de daños no cesaron y, debido a su pasado, cualquiera relacionado con Jericho sufrió las consecuencias: la hermana Geraldine fue destituida del orfanato, su rival el fiscal Nierenberg y su colega y amigo Sonnenfeld fueron asesinados, mientras que su amante Lilian acabó secuestrada sin que existiera algún rastro que confirmara si estaba viva o muerta.

En fin, Jericho tenía mucho que vengar, así como Damascus, aunque al principio se enfrentaran como enemigos, ya que ninguno estaba seguro de los objetivos del otro. Tardaron en descubrir que un mismo odio los situaba como compañeros de lucha en la misma pelea, y por lo tanto, decidieron unir fuerzas junto con Anezka, quien trabajaba a las órdenes de los Conspiradores, ese grupo que se suponía clamaba acabar con los miembros del Proyecto Jericho y erradicaría cualquier semilla que permitiese su posterior renacimiento. Por lo tanto, extraoficialmente, Jericho y Damascus trabajaban en paralelo junto con los Conspiradores, valiéndose de sus medios y recursos. Sin embargo, la preocupación de los Conspiradores no era solo destruir a sus creadores, sino también extinguir la idea que fundamentó tales horrores.

Esta era la parte peligrosa de la historia: sin importar cuán debilitados, desaparecidos o muertos estuvieran los creadores originales del Proyecto, todavía existía la idea que lo promovió en un inicio. Esa idea estaba siendo contemplada otra vez por la actual administración que lideraba en la Casa Blanca. El antiguo Proyecto podría resurgir con un nuevo nombre y bajo las órdenes de otro grupo de hombres igualmente ambiciosos, dispuestos a cometer las crueldades del pasado para convertirse en los más poderosos del mundo gracias a la mal habida «ciencia de hacer la guerra», con el desarrollo de armas que los situaran por encima de otros líderes. Esta sola idea le preocupaba a Jericho, pues no soportaba que un nuevo grupo de niños sufrieran injustamente su mismo destino.

Los Conspiradores conducían sus acciones bajo una premisa: el Proyecto Enoch no debía ocurrir. Para impedirlo, sujetos como Jericho y Damascus serían utilizados como brazos ejecutores de una justicia desconocida y al margen de la ley. El enemigo no era consciente de que existiera un grupo opositor a sus intereses actuales y precisamente este factor sorpresa representaba la mayor ventaja para hacerlos fracasar antes de siquiera haber comenzado. No obstante, ni Jericho o Damascus confiaban por completo en este grupo que se llamaba a sí mismo los Conspiradores.

—¿Qué te preocupa, Jericho? —pregunta Damascus, saliendo por un momento de su mutismo—. ¿Crees que exista una doble agenda?

Jericho no sabe qué responder sin parecer demasiado sugestionado por percepciones poco objetivas. Existe una gran diferencia entre una duda sustentada en razones válidas o aquella cautelada instintiva propia de quien ha sido traicionado muchas veces en la vida. Ante este condicionamiento dado por su historia personal, la desconfianza se ha convertido en una reacción natural en cualquier circunstancia, lo que muchas veces puede resultar contraproducente. Los Conspiradores y sus

cuantiosos recursos son su mejor opción para enfrentar a quienes quieren traer de vuelta el Proyecto, por lo cual lo conveniente sería acatar sus instrucciones sin hacerse preguntas. Sin embargo, Jericho y Damascus nunca tuvieron mentalidad de soldados. Obedecer sin hacer preguntas no es algo a lo que estén acostumbrados.

—No quiero dejarme llevar por mis paranoias —refiere Jericho—. Aun así, no dejo de imaginar la posibilidad de que nos manipulen mientras cumplen otros objetivos sobre los cuales no sabemos nada. Trabajamos con ellos porque nos dicen lo que queremos escuchar y aseguran luchar por nuestros mismos objetivos. ¿Cuál es el interés que los anima verdaderamente? Sin duda obtener el poder y acabar con la gestión actual que maneja la Casa Blanca. Pero ¿qué nos asegura que ellos serán mejores gobernadores? Es decir, ¿quiénes son estas personas? Políticos y millonarios, no muy distintos a los que alguna vez crearon el Proyecto Jericho o a los que ahora pretenden traerlo de vuelta bajo otro nombre. Me preocupa que, siguiendo sus instrucciones, acabemos haciendo daño a personas que no lo merecen.

—Piensas demasiado —desestima Anezka con una risita incómoda—. Otra vez sigues con las mismas sospechas de creer que te mandarán a matar inocentes. Sí, son políticos y millonarios, bien lo has dicho. Se comportan como tal y admito que sus medios de obtener lo que quieren pueden llegar a ser inescrupulosos. A pesar de eso, ¿esa no es la razón por la cual los buscaron? Y además, ellos comprenden que no cumplirán una instrucción sin antes investigar por su cuenta cualquier otra razón oculta. Nunca se arriesgarían a ponerlos en una situación donde luego ellos queden expuestos.

—Más vale que así sea —reafirma Jericho—. Si nos subestiman, será mucho peor para ellos.

—Yo no volveré a ser perro de presa de nadie —interviene Damascus, quien se mantuvo en silencio un largo rato mientras Jericho y Anezka discutían—. Antes de cumplir cualquier instrucción promovida por los Conspiradores me cercioraré de la veracidad de todo cuanto dicen. No perdonaré una mínima palabra errónea o una pequeña omisión que pueda ponernos en peligro.

Anezka se sentía excluida cuando Jericho y Damascus consolidaban una misma opinión, formando un frente indisoluble donde ella quedaba al margen. Nunca conseguiría que ninguno de esos dos hombres confiara en ella plenamente. Si bien era consciente de esto, y hasta cierto punto lo comprendía y aceptaba, su mayor temor era que algún día unieran fuerzas para exterminarla.

—Ustedes son respetados y temidos por los Conspiradores —afirmó Anezka—. Si separados eran considerados fuerzas amenazantes, ¿quién no tendría miedo ante la idea de enfrentarlos juntos? No se arriesgarían a engañarlos. Y yo tampoco me atrevería a hacerlo.

Ni Jericho ni Damascus parecen muy convencidos por la constante defensa que Anezka hace de los Conspiradores, aunque no hacen ningún comentario extra al respecto. Comparten una mirada de desdén que no se le escapa a Anezka. Ella prefiere no insistir, ya que cada vez que se sitúa del lado de los Conspiradores estima que es juzgada por ellos como una intrusa. Entretanto, a Jericho le complace escuchar que Damascus manifiesta una opinión que va en conformidad con la suya. En el pasado Damascus fue un adversario temible y respetable, aunque ahora, como aliado, formaban juntos una coalición digna de hacerle temblar las piernas a cualquiera que se interpusiera en sus caminos o pretendiera hacerles algún daño. Y eso era algo en lo que Anezka no se equivocaba, sin importar si lo creyeran verdaderamente o no, tanto ella como los Conspiradores. Si querían estar en paz con ellos, ¡más les valía creerlo!

La noche va acompañada de un frío que se supone insoportable, aunque su forma de padecer

la temperatura sea distinta a la del común denominador. Jericho no se arropa, aunque siente cómo se enfrían ligeramente sus extremidades allí, acostado en la cama con los ojos abiertos de par en par. Sospecha que cualquier persona normal se abrigaría al máximo, y una prueba de ello es Anezka, quien yace a su lado dormida y envuelta en las sábanas, de las cuales se ha apropiado casi exclusivamente. No la culpa, ya que él apenas las usa.

Se siente inquieto y, como de costumbre, el sueño se le presenta esquivo. Envidia el sueño profundo que se refleja en el rostro de Anezka. Por un momento considera la posibilidad de salir del dormitorio y servirse un trago, aunque luego desestima la idea. Quizá más tarde. Jericho recuerda que afuera estará Damascus, probablemente sentado en el sofá o de pie apoyado contra una pared, sin poder dormir al igual que él. En ese momento no se siente animado a ser vigilado en silencio por Damascus si llega a salir de la habitación. Se sentirá obligado a sentarse y hablarle, pero Damascus no es el mejor de los interlocutores, a no ser que traten de trabajo.

Si por lo menos compartiera un trago alguna vez cuando se le presentaba con un vaso en la mano. No obstante, a diferencia de él, Damascus es abstemio y está libre de cualquier vicio. Y agradece que no haga comentarios ni en su mirada se refleje algún juicio silencioso frente a su evidente alcoholismo. Como buen vicioso, comprende cuánto daño le hace, pero no le gusta que nadie se lo recuerde. A veces Jericho piensa que de haber sido más exitosos los experimentos con él seguramente no padecería esa extrema afición que tiene por el alcohol. A pesar de ello no le desagrada beber, porque se contenta con desahogar su dolor en eso.

Han pasado varios días desde la última llamada que los Conspiradores le hicieran a Anezka, cuyas órdenes fueron esperar nuevas instrucciones. Si ya activaron la Operación Diluvio, ¿por qué tardaban tanto en solicitar la ayuda que se esperaba de ellos? Le exasperaba no estar haciendo nada o la posibilidad de que sucedan eventos a sus espaldas debido a los nuevos planes orquestados por los Conspiradores. A medida que el tiempo de inactividad crecía, aumentaba su desesperación, se agudizaba su paranoia y le invadía una sensación de inutilidad. Oficialmente ya no podía trabajar como detective y debía mantenerse en el anonimato. Prácticamente era, al igual que Damascus, un hombre sin identidad obligado a mantenerse en las sombras. Si era desplazado por los únicos que le hicieron recobrar un propósito, ¿qué sería de él? No le gustaba depender de los Conspiradores, ni mucho menos admitirlo abiertamente, pero cuando se confrontaba a sí mismo en soledad comprendía que, de no ser por ellos, tendría una vida de fugitivo hasta terminar tras las rejas, y eso, en el mejor de los casos, si sobrevivía.

Su inquietud no le permite permanecer en la cama confrontando su inactividad, así que se para sin delicadeza para dar vueltas en torno a la habitación, lo cual hace que Anezka se despierte. Al principio trata de envolverse de nuevo bajo las sábanas e intenta ignorar a Jericho. Aunque no encienda las luces de la habitación ni emita ningún sonido, su presencia en movimiento es lo suficientemente molesta para que ella comprenda que no podrá retomar el sueño. Ya la ha despertado y no la dejará dormir si continúa caminando de un lado a otro con la respiración acelerada, tal como lo hace.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Anezka con un tono rudo y algo molesta—. ¿No puedes quedarte tranquilo?

—No pretendía despertarte —se excusa Jericho—. Como de costumbre, no puedo conciliar el sueño.

—Eso puedo suponerlo enseguida —indica Anezka con ironía—. No por ello me has

despertado en otras ocasiones. Hoy pareces mucho más alterado que en tus anteriores insomnios.

—Desearía quedarme tranquilo incluso si no puedo dormir —se defiende Jericho—. Mi cabeza no deja de pensar y mi cansancio es mucho mayor, aunque no favorezca la llegada del sueño. ¿Qué quieres que haga?

—Podrías salir de la habitación y dejarme dormir —recomienda Anezka desafiante—. ¿O es que acaso prefieres evitar a Damascus? Confieso que yo también me siento muy insegura a la hora de dormirme sabiendo que él está afuera rondando, o lo que sea que haga mientras nosotros dormimos. O en tu caso, intentarlo.

—¿Qué tiene que ver Damascus con mi insomnio? —repite Jericho—. No me interesa si duerme o permanece despierto toda la noche. ¿Temes que haga algo en contra de nosotros mientras bajamos la guardia?

Cuando Jericho hacía este tipo de preguntas, comprendía que no las formulaba como si realmente le preocupara lo que apuntaba su cuestionamiento, sino como una forma de confrontarla a dar una respuesta que le permita un juicio de valor sobre ella. Por eso tenía sumo cuidado de dar una impresión errónea. No quería que Jericho pensara que intentaba ponerlo en contra de Damascus porque eso solo conseguiría hacerla lucir como una cizañera con intenciones ocultas, o al menos eso es lo que Jericho pensaría.

—No, no creo que debamos preocuparnos por Damascus —responde Anezka—. Solo que a veces me pone nerviosa la idea de saber que está en la estancia contigua tan intranquilo e insomne como tú. Pasa las noches enteras en el cuarto de estar, donde decidió que «dormiría», y jamás lo he visto acostado en el sofá, o por lo menos apoyando su cabeza con los ojos cerrados. Tú bien debes saberlo, porque cuando hemos salido de la habitación a estas horas siempre lo encontramos de la misma forma: sentado en una silla y con la mirada fija en algún punto de la oscuridad, contemplando la nada. ¡Es perturbador! Ni siquiera se inmuta cuando pasas a su lado o si le hablas.

—Yo apenas consigo dormir —tercia Jericho—. Supongo que la falta de sueño en él debe ser mucho mayor. Recuerda que Damascus fue el experimento exitoso del Proyecto. En el camino para transformarlo en el soldado perfecto debieron aminorar algunas deficiencias humanas, como la necesidad de dormir.

—Apenas se le ve cansado, a diferencia de ti —continúa Anezka con tono casual—. Puede mantenerse durante horas sentado y con los ojos abiertos. Apenas parpadea y casi si escuchas su respiración. ¿Crees que duerma de esta forma? ¿O duerme acaso en algún momento? Por muy exitoso que haya sido el experimento con Damascus, no concibo cómo alguien puede no dormir. Eso no es saludable.

Si bien las observaciones de Anezka son válidas, a Jericho no le parece particularmente extraña esta aparente falta de sueño en Damascus, ya que le recuerda a la suya. Lo cierto es que, comparado con él, Damascus no parece afectado por estos insomnios, aunque a veces sospecha que consigue dormir a su modo el tiempo suficiente.

—Debe dormir unas pocas horas —expone Jericho—. Dudo mucho de que duerma más de un par de horas al día, pero tampoco creo que no duerma en absoluto.

—Y mientras no duerme, ¿qué hace el resto de la noche? —inquire Anezka—. Me intriga imaginar cuáles serán sus pensamientos.

La curiosidad de Anezka en este caso parece más una curiosidad genuina que un intento por querer saber más de lo permitido, aunque con ella nunca se sabía. En todo caso, Jericho prefiere no emitir ninguna opinión al respecto, ya que tiene sus propias teorías sobre lo que hace Damascus

por las noches, aunque no las comparta con Anezka. En relación a su propia experiencia, Jericho sospecha que Damascus pasa sus noches revisando documentos de una forma muy parecida a como él suele hacerlo. Se trata de un don particular reforzado por las habilidades que, en el caso de Damascus, deben ser mucho mayores: proyectar el recuerdo de documentos, imágenes, nombres y testimonios como una base de datos humana que consigue visualizarlos sobre cualquier superficie y reproducir mentalmente una manifestación imaginaria de la información que estos recuerdos poseen.

—No nos metamos en los asuntos de Damascus —aconseja Jericho—. Lo que haga con su insomnio solo a él le concierne, así como no se involucra en lo que hacemos tú y yo dentro de este cuarto.

Se trataba de una curiosa observación y era algo que tanto Jericho como Anezka habían pensado con anterioridad, aunque nunca lo compartieran entre ellos. A menudo se preguntaban: ¿Qué opinaría Damascus sobre la relación que mantenían? ¿Cuál era su posición respecto a la intimidad que ejercían a puertas cerradas? Lo cierto era que Damascus nunca hizo ningún comentario malicioso ni les dedicó una mirada suspicaz cuando salían de la habitación. Su rostro era transparente al momento de observarlos, no reflejaba algún recelo u opinión velada.

Por su parte, Anezka muchas veces temía que Damascus se sintiera celoso porque Jericho conseguía algo que no estaba a su alcance, a pesar de todas sus habilidades. Sin embargo, nunca reconoció en él ese interés característico que le prodigaban los hombres ante la evidencia de su atractivo. Tampoco Damascus era un hombre tímido, ya que nunca dudaba en expresarse sobre algún asunto cuando así lo quería. A veces, por pura curiosidad temeraria, Anezka hacía el intento de seducirlo para notar si se efectuaba algún cambio en su manera de tratarla. ¡Nada! Era como intentar atraer a una pared, ya que su mirada y su voz se mantenían tan frías como indiferentes. Por un lado, este desdén le molestaba porque no estaba acostumbrada a no recibir atención sexual inmediata por parte de algún hombre, aunque, por otro lado, agradecía que no respondiera de la misma manera que el resto, ya que Damascus era un enigma que temía resolver. A pesar de ello, se preguntaba si acaso sentía algún tipo de atracción física hacia alguien, si abrigaba deseos sexuales o si, por el contrario, toda su pasión se resumía en aquello para lo cual había sido creado: cumplir órdenes, destruir todo a su paso, hacer daño y matar.

A su vez Jericho se detenía a imaginar si Damascus realmente le reprochaba su intimidad con Anezka, ya que ambos mantenían la misma opinión de que no era confiable, algo que expresaban incluso frente a ella. No obstante, a pesar de que ambos declararan esta desconfianza, cada noche Jericho se acostaba con la chica mientras Damascus nunca hizo intento alguno por involucrarse con Anezka más allá de los asuntos de trabajo. Era evidente que tan solo la consideraba como una peona útil en la medida que servía como nexo con los Conspiradores. Por eso, y si bien no manifestaba una reacción en oposición a ello, a Jericho le costaba creer que Damascus no tuviera algún juicio sobre él en torno a dicha relación, ya que, si fuera al revés, probablemente le reclamaría tener sumo cuidado de involucrarse demasiado con alguien que podría resultar ser una espía del enemigo.

—No puedo creer que no te inquiete saber que está allá afuera —insiste Anezka—. De otra forma saldrías de la habitación y me dejarías dormir en paz.

—Damascus no es la causa de mi inquietud —niega Jericho con mayor énfasis—. Sabes muy bien lo que me molesta y hace que me comporte así durante las noches. No solo no consigo dormirme, sino que tampoco tengo nada en lo que concentrarme porque esta espera de instrucciones me hace sentir inútil y desplazado. Probablemente Damascus se sienta igual aunque

no lo diga, y es claro que no demostrará señales de alterar su ánimo. Me desagrade profundamente que no nos hayan expuesto mejor sobre la Operación que acaban de activar. Nos están restringiendo una información vital, algo que llevamos tiempo esperando. Porque se trata de la razón de ser de los Conspiradores por fin ejecutándose. ¿Y qué esperan de nosotros en el curso de esa Operación? No soporto estar tanto tiempo inactivo y mucho menos tolero que se nos mantenga al margen.

—No sé qué esperas que te diga —responde Anezka exasperada—. No hay nada malo en esperar. Más bien deberías aprovechar el tiempo de descanso porque con toda seguridad nos hará falta cuando comiencen a reforzarse las misiones relacionadas con la Operación Diluvio. Sin embargo, prefieres malgastar este tiempo en elaborar teorías de conspiración que te sitúen en un mal lugar para siempre esperar lo peor. ¿Acaso crees que los Conspiradores tienen otras intenciones con ustedes dos? Si quisieran prescindir de ambos usarían métodos mucho más inmediatos y eficaces que una larga espera.

Dicho esto, Anezka se desentiende de las sábanas visiblemente alterada y se levanta para envolver su voluptuosa desnudez en una bata de satén negro que suele usar cuando va al baño o antes de irse a dormir, caminando luego en dirección a la puerta.

—¿Qué ocurre? —pregunta Jericho, confundido, desde el extremo de la habitación en el que se mantenía caminando—. ¿Adónde vas?

—Saldré afuera —responde Anezka mirándolo por encima del hombro—. Ya que estaremos despiertos y tu intención es no dejarme conciliar el sueño que no puedes tener, entonces prepararé café, cogeré algo de alcohol y cuando regrese podemos estar activos toda la noche si eso es lo que quieres.

Al momento de salir, Anezka da un portazo. Probablemente Damascus estará allá afuera observando los movimientos de la mujer, aunque sin interesarse en realidad por qué está despierta. Jericho emite un suspiro y se sienta al borde de la cama, esperando que Anezka regrese con lo prometido. Después de todo, sí que le convendría tomarse un trago para sobrellevar mejor el insomnio.

Final del Capítulo 1
